



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

29 de marzo de 1890

Núm. 126



EL ORADOR

—Señores: permitidme que este niño, que sólo aspira á hacer feliz la patria, os trace en breves frases, muy sencillas, de su ideal político el programa: La conciliación... la libertad...

Eso es... la transacción... el bien de España... Es decir, espero que... En resumen: que me han ustedes de votar sin falta, y luego ya verán cómo me porto: por algo tengo el don... de las palabras.

UN RATO DE CHARLA

DEMOS tregua á nuestras conversaciones de ordinario, para recordar los sublimes acontecimientos que se conmemoran en la Semana Santa.

Ello es que si por una parte se va perdiendo el sentimiento religioso, lo cual es desgraciadamente indudable, por otra se está magnificando como nunca la esfera del catolicismo, pudiendo preverse desde ahora la inmensa influencia que habrá de ejercer en lo futuro.

El catolicismo, en efecto, tiene preparadas todas las soluciones al gran conflicto social que amenaza trastornar el orden de los imperios: de elemento religioso ideal va á pasar (todo lo induce á creer así) á factor social importantísimo; factor social no nuevo, sino renovado, pues en los orígenes y hasta llegar al Renacimiento lo fué ya.

El gran pontífice León XIII tiene estudiada la cuestión y se anuncia una Encíclica suya sobre el particular. De cómo habrá de tratar el problema social responden su talento elevadísimo y su bondad profunda.

La Iglesia Católica Apostólica Romana es maestra en tal linaje de asuntos por su tradición, por su carácter y por sus funciones. En los Evangelios, en las Cartas de los Apóstoles, en las obras de los Santos Padres, cabe hallar la resolución del problema pavoroso que preocupa ante todo á los hombres de Estado y á los pensadores. En las *Epístolas de San Pablo*, por ejemplo, se contiene todo el espíritu del cristianismo como ley moral y social: aplíquese y se aplazarán al momento las pasiones hoy tan concitadas.

Este aspecto moral y social del cristianismo es objeto hoy de numerosos trabajos por parte de eminentes eclesiásticos; y si la Santa Sede se decide á intervenir en la lucha haciendo oír su voz, y quizás contando con una espada victoriosa, es muy posible que el siglo xx sea el del triunfo de las ideas sostenidas en los primeros siglos del cristianismo.

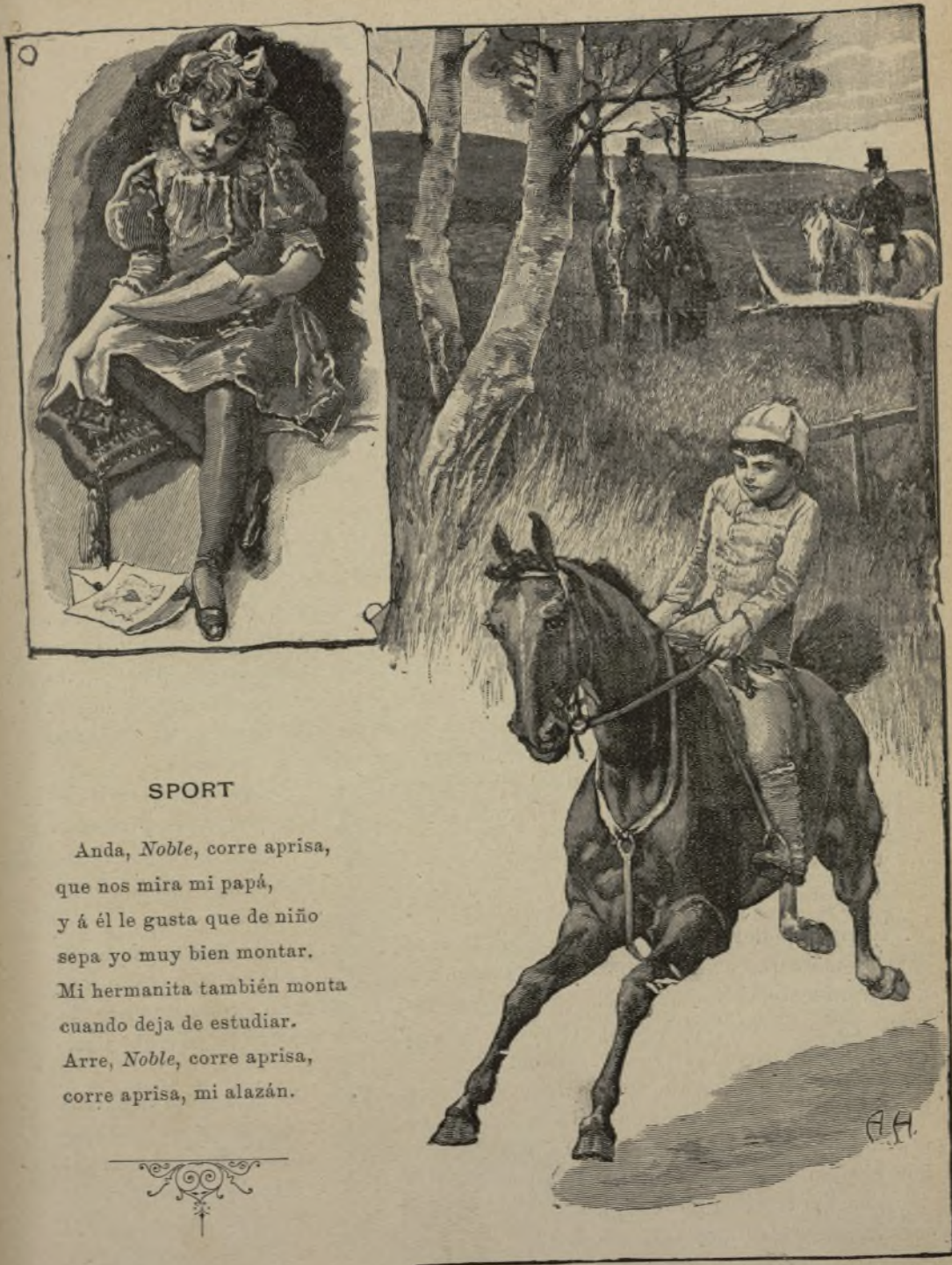
Nunca se recomendará bastante la meditación, no solamente en los misterios de nuestra religión sacrosanta, sino en la esencia de la predicación apostólica. Ciertamente que el cristianismo tiende ante todo á la salvación eterna, pero en manera alguna le son extraños los problemas de la vida humana.

No es de mi incumbencia amonestar á la niñez para que siga con fe y perseverancia los preceptos del catolicismo, pero no creo pecar de impertinente al lamentarme de que gran parte de la juventud dé pruebas de falta de *sensibilidad religiosa*. No, *no se siente* todo lo que yo desearía, y es indudable que esto trasciende en terrible manera á las relaciones civiles y hasta familiares.

Lo delicado de la materia no me permite ahondar más, pero me daré por satisfecho si con lo poco que he dicho consigo encauzar en determinado sentido las reflexiones de alguno de mis estimados lectores y camaradas.

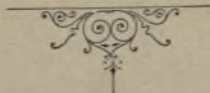
Siempre vuestro

ANTOÑITO



SPORT

Anda, *Noble*, corre aprisa,
que nos mira mi papá,
y á él le gusta que de niño
sepa yo muy bien montar.
Mi hermanita también monta
cuando deja de estudiar.
Arre, *Noble*, corre aprisa,
corre aprisa, mi alazán.



LOS SANTOS LUGARES

La primera necesidad que siente el viajero en cuanto llega á Jerusalén, es la de recorrer la *Via dolorosa*, llamada así por ser la que siguió el Hijo del Hombre desde Getsemaní hasta el Calvario. El Huerto de los Olivos (jardín dicen algunos), está situado á la ribera izquierda del torrente Cedrón al pie del monte de la Ascensión. Ocho olivares de grandes dimensiones constituyen el huerto santo. Los troncos de dichos árboles miden una circunferencia de 10 metros, y sus ramas frondosas y siempre florecientes se extienden con grandiosa majestad. El aceite que se extrae de sus olivas está destinado única y exclusivamente á alimentar las lámparas que de continuo arden delante del Santo Sepulcro, utilizándose los huesos de dichos frutos para la confección de cruces y rosarios, cuya exportación á todos los países del mundo constituye el más lucrativo comercio de Jerusalén.

¡De cuántas y cuán augustas y dolorosas escenas han sido testigos estos árboles santos! A su sombra oró el Salvador del mundo aquella memorable noche en que, afligido por las ansias de la muerte, pidió al Eterno apartase de sus labios el cáliz de amargura, que apuró, sin embargo, gustoso para conseguir nuestra redención; ellos fueron testigos de la debilidad de los Apóstoles, que no supieron velar una hora tan sólo al lado del Divino Maestro; ellos, del beso traicionero de Judas y de las lágrimas amarguísimas que bañaron de sangre la angusta y dolorida faz. ¡Qué dulces y piadosos recuerdos evoca la vista de estos árboles santos! ¡Con qué fervorosa devoción recoge el visitante una hoja de sus ramas para guardarla luego como precioso talismán!

Los olivos de Getsemaní son objeto preferente del cuidado de los cristianos de Jerusalén, que, como los de toda el Asia, sienten por ellos profunda veneración.

*
* *

El palacio del actual gobernador de la ciudad santa está emplazado en el mismo solar que ocupó el pretorio romano, residencia de Pilatos, cuando condenó á muerte al Salvador. En el piso principal del edificio existe una arcada que, según la tradición, es la misma en que Pilatos mostró la divina víctima al pueblo diciéndole:—*Ecce homo*.

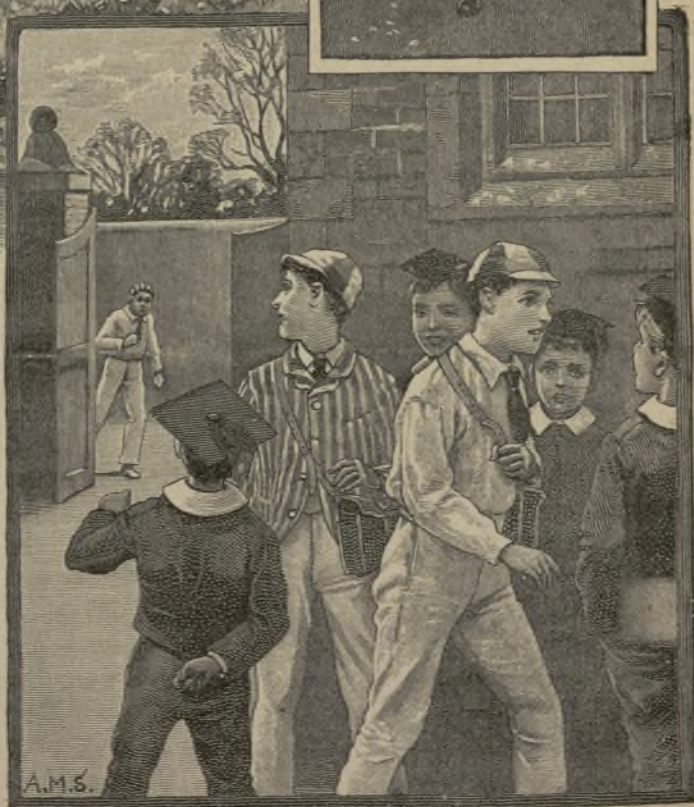
La calle donde está edificado dicho palacio, por medio de accidentada cuesta se prolonga hasta el Calvario. Su extensión será de 1 kilómetro próximamente, llevando el nombre de *Via Dolorosa*. Las diversas caídas que, abrumado por el peso de la cruz, sufrió en ellas el dulce Hijo de María, están señaladas á cortos trechos por columnas de granito de regulares dimensiones, conservándose todavía en ella la casa de la Verónica, la piadosa mujer que secó con su pañuelo la sudorosa faz del Salvador.



LOS ESTUDIANTITOS!

Acabóse la lección
y ahora importa jugar:
si lo uno es necesario,
lo otro interesa igual.
Al que no quiera, julepe,
y así ganas le entrarán.
Estudiemos, está bien,
mas á trueque de jugar,
de correr, de hacer gimnástica,
de brincar y de saltar.

—sv—



El templo del Santo Sepulcro, ó de la Resurrección, fué mandado edificar por la madre de Constantino, primer emperador cristiano á la primera mitad del siglo iv. Salvo algunas reparaciones insignificantes, esta inmensa basílica se conservó en perfecto estado hasta 1807, época en que su bóveda fué presa de las llamas. Este glorioso monumento guarda en su recinto la prisión donde estuvo encerrado el Señor durante el curso de su pasión santísima, los instrumentos de la flagelación, la piedra del Calvario que sostuvo la redentora cruz, la de la unción donde fué lavado ántes de recibir sepultura el cuerpo del Señor, y, finalmente, el Santo Sepulcro.

Súbese al Gólgota por diez y ocho escaleras talladas en la misma roca. La superficie de su cumbre mide una circunferencia de 20 metros, cubierta enteramente con bloques de mármol, pórfido y hojas de plata, habiendo hecho precisa esta precaución la costumbre de los peregrinos de arrancar piedras de todos tamaños y dimensiones, dejando en consecuencia descubiertas profundas excavaciones. Dos pequeños altares se levantan en la cumbre del Calvario: el uno indica el sitio donde estuvo enclavada la cruz del Salvador, y el otro la del buen ladrón.

La tumba donde fué sepultado el Divino Maestro está muy próxima al Calvario, hallándose emplazada bajo la cúpula de la iglesia. Es de mármol gris, y su forma oblonga, rematada por una cruz, le da el aspecto de un catafalco. Penétrase á su interior por una pequeña puerta. Un pilar de mármol indica el sitio donde descansó el ángel para anunciar á las santas mujeres la resurrección del Salvador. Contiguo á la tumba hállase la capilla del Santo Sepulcro, espléndidamente iluminado de continuo por más de cuarenta lámparas de oro y plata, que arden, como ya hemos dicho, alimentadas por el aceite que se extrae de los olivos de Getsemaní.

El sitio donde fué enterrado el cuerpo del Señor está indicado con una soberbia losa de mármol blanco. Es costumbre observada por los peregrinos de todos los países descalzarse de las botas ó zapatos antes de penetrar en este lugar santo; pues al igual que el gran legislador de los hebreos al conducir al pueblo escogido á la tierra de promisión, parece que los visitantes perciben una voz sobrenatural que les dice:—*Despójate de tu calzado, pues es tierra santa la que va á hollar tu pie.*

El monte Olivete desde lo alto del cual el Salvador se apareció á sus discípulos á los cuarenta días después de haber resucitado, se levanta á un cuarto de hora de Jerusalén. Su vertiente occidental, cerrando con la oriental del monte Sión y del monte María, constituyen el marco que encierra el Valle de Josafat, lugar en el que, según predicción de las Escrituras, ha de reunirse todo el linaje humano el último día del mundo, cuando el juez inapelable, con su infinita misericordia, pero también con su infinita equidad, venga á mostrarnos, al fin, lo que es justicia.

ANTONIA OPISSO



LA PALMA DE ARTURO

LEGÓ el Domingo de Ramos.

Arturito se despertó muy temprano y fué á besar la mano á su mamá como tenía por costumbre.

D.^a Rosario, que así se llamaba la madre del rapaz, le recibió con muestras de grande alegría, y, estrechándole entre sus brazos como sólo las madres saben estrechar, le dijo:

—Vamos á ver, Antofito: ya sabes que hoy es Domingo de Ramos y debes, por lo tanto, ir con tus compañeros de colegio á la iglesia para asistir á la ceremonia de la bendición de las palmas. La mamá ha mandado á la tía á que te compre una, y cuando ella regrese debes estar á punto para partir á reunirte con tus camaradas. Corre por lo tanto á tu cuarto y arréglate.

Arturito, que contaba ya doce años, obedeció á su madre y fué á vestirse.

Y, una vez que hubo concluido de verificar tal operación, salió para reunirse con la tía, que ya le esperaba con una esbelta y amarilla palma entre sus manos.

D.^a Rosario, como todas las madres que tienen á sus hijos por ídolos, á quienes adoran con todo el fervor de su corazón, dió como de costumbre la última mano al tocado de su hijo antes de que éste partiera, y, dándole un sonoro beso en las mejillas, le dijo:

—Si eres bueno y cuando vuelves me dice la tía que te has portado bien, la mamá te promete una cosa.

La avaricia del muchacho, estimulada por la perspectiva de un lindo juguete ó alguna golosina, le hizo exclamar:

—Seré bueno, mamá. Pero dime: ¿qué es lo que me tienes que dar?

—¿Para qué lo deseas saber?—preguntó D.^a Rosario.

—Para nada,—contestó algún tanto turbado Arturito;—sólo era por saberlo.

—Entonces reprime tu curiosidad: cuando vuelvas lo sabrás.





LA VIDA DEL NINCO

La madre mira al niño.
feliz, embelesada,
correr tras de los pájarcs.
coger flores y plantas,



cazar mariposillas
y hacer otras mil gracias,
hasta que al fin, rendido,
se duerme en la enramada.



Partió Arturito con su tía, y ambos se dirigieron á la iglesia.

La plaza estaba llena de gente.

Multitud de tenderetes habían sido colocados en ella.

En ellos se expendían palmas de caprichosas formas, cruces de madera con el Redentor, capillas de cartón y santos de barro.

Cuando llegaron tía y sobrino á la iglesia, los compañeros de colegio de Arturito aun no estaban allí.

La tía del muchacho llevó á éste á ver la multitud de objetos que en los mencionados tenderetes se expendían.

Arturo fijó su codiciosa mirada en una palma pequeña, llena de rizos y cintas.

—¡Qué bonita!—dijo á su tía.

—¿Te gusta?—le preguntó ésta.

—Mucho.

—¿Te alegrarías de tenerla?

—Sí, tía.

—Entonces, puesto que la que llevas á bendecir se ha de colocar en el balcón, la tía te compra ésta para que seas bueno y la quieras mucho.

Y, así diciendo, la complaciente señora adquirió la palma, que puso en manos de su sobrino.

Arturo todo orgulloso, dirigiendo miradas de satisfacción á todas partes, se encaminó hacia el peristilo de la iglesia.

Cuando llegó á él, sus compañeros de colegio, formados de dos en dos, penetraban en el templo con su profesor.

Todos llevaban su correspondiente palma, adornada con lazos, bien azules, bien blancos, bien encarnados.

El aspecto que ofrecía el templo no podía ser más encantador.

Arturo y sus compañeros se colocaron en uno de los bancos que ocupaban el centro de la iglesia.

Concluída la ceremonia sacerdotal, Arturo salió con el rostro risueño, pues á los niños y á los viejos es cosa que les satisface en extremo asistir á las fiestas religiosas.

Cuando el muchacho iba á despedirse de sus camaradas para reunirse con su tía, una pobre mendiga con un pequeño ángel en sus brazos cruzó por su lado.

El pequeño alargó las manos, pidiendo á su madre la palma que Arturo llevaba.

La pobre mendiga imploró una limosna á la tía del muchacho.

—¡Por el amor de Dios!—balbuceó con tímido acento.

La tía registró sus bolsillos. Después el bolso.

Los últimos cuartos se los había gastado en la palma de su sobrino.

—Otra vez será, hermana,—contestó.

Arturo contemplaba con lástima al chicuelo de la infeliz mujer.

El pobre angelito lloraba contemplando la linda palma.

Fué á cogerla, pero su madre, que había recibido otra negativa á su insistencia, fué á retirarse diciendo:

—Calla, hijito mío, calla: eso es solamente para los ricos. Los pobres no pueden disfrutar de nada, á pesar de la justicia de Dios. ¡Ah! No llores, ángel mío: los pobres sólo tenemos Providencia.

Fué á reprender, sin duda, á la mendiga, por sus impías frases, la tía de Arturo; pero éste, interponiéndose y haciendo puntillas para alcanzar hasta el chiquillo que la mendiga llevaba en sus brazos, entregó á éste su palma, diciendo, al propio tiempo que le daba un beso:

—Toma, amiguito mío, toma. El sacerdote acaba de decirnos que somos hermanos todos, y yo no quiero que un hermano mío carezca de lo que yo tengo. Mamá se alegrará de que yo te la dé y me querrá doble. Toma, toma. Mis maestros y mis padres me enseñaron á amar al prójimo. No tengo más que la palma y de buen grado te la cedo.

Dió Arturo otro beso al niño, y en los labios de éste se dibujó una sonrisa parecida á la de un ángel.

La tía abrazó á Arturo, y la mendiga murmuró algunas frases de perdón.

La inocencia, con sus hermosos y puros destellos, había convertido á un alma que, al ver su infortunio, dudaba de la justicia divina.

Cuando Arturo llegó á su casa radiante de alegría y contó á su madre lo ocurrido, ésta lloró al propio tiempo que lo abrazaba.

El obsequio en premio á su acción fué otra palma más hermosa que la que la tía le había regalado.

Aquella noche Arturito soñó que el hijo de la mendiga dormía junto á él y abrazado á la pequeña palma, mientras un ángel extendía sobre ellos sus niveas alas.

LUIS DE VAL



LAS ACADEMIAS PREPARATORIAS

QUIZÁ pareciera más natural á algunos que, después de haberme ocupado en mi artículo anterior de la segunda enseñanza, en el presente tratara de la que pudiéramos llamar *tercera enseñanza*, es decir, la que se da en las Facultades; pero toda vez que yo, al colaborar en EL CAMARADA, tanto escribo para los que quieren ser abogados, literatos ó médicos, como para aquellos otros que sientan afecciones hacia los conocimientos abs-

tractos de las ciencias matemáticas, sin olvidar tampoco los ramos de las físicas y naturales, de aquí que, para abarcar las distintas tendencias, lleve hoy mi investigación al conocimiento del organismo de esos establecimientos privados de enseñanza que se llaman *Academias preparatorias para carreras especiales*.

No puedo menos de comenzar con una protesta: creo, y lo creo con gran convicción y serenidad de ánimo, que las Academias preparatorias no deberían consentirse. Con su prohibición ganarían muchísimo los padres de familia, y ganarían también los verdaderos estudiantes. Me parece más razonable y de resultados más provechosos que si, para penetrar en los áridos estudios de una carrera especial, son necesarios conocimientos preliminares, éstos se den en las mismas escuelas que los otros, organizadas con carácter oficial y dotadas de profesores de competencia que la hayan demostrado en pública oposición. Todo se reduce á establecer, si son precisos, dos ó tres cursos preparatorios, pero dentro de la misma escuela donde se estudien las asignaturas superiores.

Según están hoy estos estudios reglamentados, resulta que para las carreras de ingenieros y arquitectos existen dos preparaciones: primera, preparación para la *Preparatoria*; y ésta, á su vez, preliminar para los estudios de *Aplicación*. Mas lógico y natural sería que todas las materias que estos dos grupos abarcan fueran unidas y se cursasen, bien dentro de las mismas escuelas de *Aplicación*, bien en *una sola* Preparatoria.

No quisiera herir susceptibilidades de nadie; pero resuelto á decir la verdad, y más que nada á manifestar á los padres cuántos son los inconvenientes de las Academias preparatorias, la propia conciencia me obliga á combatir estos centros de enseñanza, que en general ninguna garantía dan al alumno, ni técnica ni económicamente tratada la cuestión.

La mayor parte de las llamadas *Academias*, cuyos anuncios ocupan perenne lugar en los periódicos de más circulación y cuyas listas de alumnos aprobados son farsas más ó menos grandes según sea mayor ó menor el número de jóvenes que dicen haber obtenido plaza, están dirigidas por personas incompetentes, pero que á pesar de su inaptitud titúlase el uno *ingeniero jubilado*, el otro *comandante retirado*, éste *doctor*, aquél *oficial que fué*, etc., etc.; y nótese que ninguno de estos señores están en activo servicio en sus destinos. ¡Ya lo creo! ¡Como que la mayor parte de estos títulos son ilusorios!

¿Qué pueden aprender los alumnos que vayan á estas Academias?

¿Cómo han de penetrar en el escabroso sendero de las ciencias exactas si les falta la guía?

Nada más fácil que las matemáticas cuando hay constancia en el discípulo al comenzar su estudio y el profesor expone con claridad y precisión su doctrina. Nada más difícil que estas ciencias cuando el alumno se abandona y el maestro es poco competente.



—En mi casa hay un cordero
del cual cuidan las mujeres,
pero yo con mi lebel
ir prefiero á correr liebres,
ó conejos, ó perdices,
ó si no, patos silvestres.
Hacemos mi perro y yo
cacerías excelentes,
y nos pintamos solitos
para traer para el diente.
¡Podeis creer, camaradas,
que da un gusto cazar liebres!...



V
OVEJAS

Y
CONEJOS



En Geografía, por ejemplo, puede un joven saber perfectamente los límites, ríos, montañas, etc., etc., de España, ignorando si existen Africa, Asia, ni el resto del mundo; y para aprender esto no hay más que coger el libro y estudiarlo sin necesidad de explicación alguna.

En Matemáticas no pasa eso, por lo cual se hace preciso que los encargados de enseñarlas las sepan perfectamente y levanten asimismo el espíritu del discípulo hacia la más constante aplicación.

Esto es exactamente lo que omiten las Academias preparatorias. El objeto principal de ellas es el lucro, y en tal concepto ponen al frente de sus cátedras personas que, como valen poco, poco cobran por su trabajo y aglomeran también mayor número de alumnos de los que naturalmente debían tener.

¡Libreme Dios de negar la existencia de excepciones honrosas en medio de esta regla general!

Academias conozco bien á fondo en las que se da una enseñanza de primer orden y se educa á los alumnos con los principios más sanos y rigoristas, tanto en el orden científico como en el orden moral y social.

¡Protestemos de la regla general y aplaudiremos con entusiasmo la excepción!

.....

En lo sucesivo, pequeños lectores míos, no os cansaré con artículos tan poco identificados con vuestras aficiones, y os dedicaré, en cambio, algún rato á contaros un cuento ó travesura que satisfaga mejor vuestros gustos.

Hasta entonces.

J. M. BONILLA FRANCO



EL NIÑO DE URBINO

(Continuación)

En las estrechas tablas de pino que servían de mesas de trabajo los días ordinarios, estaban colocados los platos y los vasos. Cada objeto llevaba un número de orden, pero sin nombre, porque messer Benedetto tenía á punto de honra demostrar su imparcialidad. Sus votos eran para el mejor artista. El príncipe Guidobaldo pasó lentamente por delante de las tablas. El conjunto constituía una exposición de mayólicas muy satisfactoria. Sin embargo, el príncipe estaba algo disgustado por no encontrar nada de notable, que fuese sin par y perfecto. Con todo, dirigió algunos cumplidos á messer Benedetto sobre los trabajos de los expositores. Únicamente guardó silencio ante el trabajo de Luca, y era gran cortesía, por su parte, limitarse á no decir nada. El dibujo tenía firmeza y regularidad, pero el color era de una crudeza deplorable y los tonos se ostentaban chillones y mal dispuestos.

Por fin, llegado ante un plato y un vaso que ocupaban modestamente el extremo de la mesa, el duque profirió un grito de alegría. El signor Benedetto se tornó carmesinado de placer y de sorpresa. Giovanni Sanzio se acercó para ver por encima del hombro de los gentiles hombres de la corte. Estaba seguro de que alguna obra rara y preciosa había excitado la admiración del duque. Había visto de momento que el pobre Luca no tenía la menor probabilidad de llevarse el premio.

—¡Esto está por encima de toda comparación!—dijo Guidobaldo cogiendo el gran plato con ambas manos con una especie de respeto. —Maestro Benedetto: debo felicitaros ciertamente por tener semejante discípulo. Será la gloria de nuestra bien amada ciudad de Urbino.

—Seguramente es una excelente obra, señor duque, —respondió el maestro alfarero, que temblaba de sorpresa y no se atrevía á manifestar hasta qué punto se hallaba sorprendido y emocionado al encontrar en su propio taller una creación tan exquisita. Como era hombre muy honrado, añadió:—Debe ser obra de alguno de esos jóvenes de Pésaro ó de Castel Durante. No tengo en mi taller un solo discípulo capaz de producir semejante obra. Eso es extraordinariamente hermoso.

—Eso vale á peso de oro,—exclamó el duque, que participaba de su emoción.—Ved, venid, mirad. ¿No hay con qué llevar la nombradía de Urbino más allá de los Apeninos y de los Alpes?

Los cortesanos primero, los paisanos después, declararon que jamás había visto Urbino una mayólica semejante.

—Pero ¿de quién es?—preguntó Guidobaldo con impaciencia, lanzando penetrantes miradas sobre el grupo formado por los artistas y los aprendices.

—Maese Benedetto: ¿el nombre de ese artista? Pronto.

—El trabajo lleva el número once, monseñor,—respondió el maestro alfarero.—¡Á ver! El que corresponda á ese número que se adelante y diga cómo se llama. Monseñor el duque ha escogido ese trabajo. Vamos á ver... ¿No me oís?

Pero nadie salió del grupo. Los jóvenes se miraban unos á otros, preguntándose quién era el rival anónimo.

—¡Hola!—repitió el signor Benedetto, que comenzaba ya á perder la pa-



EL TRINEO

Cubre la nieve las calles
y es fácil un resbalón;

pero yendo en un trineo,
de todo me río yo.

ciencia.—¿Os habéis vuelto mudos? ¿Quién es el autor de ese trabajo? Sería una insolencia para con Su Alteza y para conmigo guardar silencio por más tiempo.

Entonces el niño Sanzio retiró su mano de la de su padre, dió algunos pasos adelante, y se cuadró ante el maestro alfarero.

—Yo soy quien ha pintado eso,—dijo con cierta sonrisita de satisfacción.

—Yo, Rafael.

(Se concluirá)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA